

Blanca Chancosa, *Los hilos con los que he tejido mi historia*, Quito, Abya Yala, 2020, 312 págs.

*Organizarse es comenzar a vencer; dice la consigna.*

Los libros autobiográficos suelen tener una gran recepción, permiten saber más profundamente sobre personajes de quienes se conoce cierta faceta, que bien puede ser la de escritor, artista, deportista, político: alguien público, en fin. Como el nombre lo especifica, una autobiografía es la vida de una persona escrita por ella misma y no es extraño que la palabra *vida*, o el verbo *vivir* aparezcan en el título. En este caso, *mi historia* es el referente.

El libro que reseñamos se divide en veinte capítulos en los que se intercala una serie de fotografías. Sin duda los lectores agradecemos las imágenes de Blanca Chancosa, dirigente indígena ecuatoriana, que nos remiten a esa vida y nos permiten mirarla en diferentes episodios a lo largo de los años: tanto en marchas como en negociaciones, con su familia o cargando a su hijo, con micrófono o megáfono hablando, exigiendo o explicando, así también participando en eventos nacionales e internacionales.

Los editores escriben un prólogo en el que integran las opiniones que otras personas expresan sobre Chancosa: compañeros de lucha o familiares e incluyen recuerdos de su propio hijo. Confirman que la vida política y personal son una misma y, desde las primeras páginas, la propia autora lo aclara al afirmar que su historia está entrelazada con la del movimiento indígena, es decir, con la de una organización: “Palabra de mujer. Palabra de indígena. Y palabra de maestra, de dirigente, de madre” (p. 22). Sus identidades entrelazadas son lo que encontraremos en estas páginas.

De su niñez feliz recuerda a sus abuelos ligados al trabajo en la hacienda: su abuela paterna, maltratada por el esposo, se separa de él buscando una vida diferente para su hijo, quien trabajará en la construcción. Sus padres, migrantes a la ciudad, vivieron en Cotacachi y aunque no tenían tierra sentían la libertad de no estar ligados a un patrón hacendado; ambos, siendo analfabetas, sembraron en la hija la importancia de la educación porque no la visualizaban como doméstica ni como parte de la servidumbre de la hacienda, sino libre. Chancosa se gradúa de maestra a los 18 años y comienza su labor docente con algunos obstáculos, pues los mismos indios la subestimaban y no aceptaban que una como ellos fuese la maestra.

La autora narra con gran pasión su trabajo como profesora y resalta la importancia que la educación tiene como herramienta para el desarrollo. A mediados de los años setenta, comprueba que los problemas que vivían las comunidades eran muy similares: abuso de autoridad, racismo, desprecio; así comenzó a participar en reuniones y se dio cuenta de que no existía una organización que los representara. Surgen acusaciones como la de “¡Blanca Chancosa es comunista!” (p. 59) porque luchaba y denunciaba las grandes y pequeñas injusticias. Esto la hace ver la importancia de formar una organización. Ser mujer y participar

activamente la obliga a enfrentar varios retos, desde la incomprensión familiar hasta la difamación: “Las malas lenguas decían que yo estaba llevando una mala vida. Golpeando mi condición de mujer le decían [a su padre] que andaba con hombres, que me había hecho comunista, que me había hecho cubana. Mis padres lloraban y me decían que lo deje” (p. 61). Sin embargo ella no se detuvo y les explicó las razones de su militancia para contar con su apoyo. El proceso de organización en la sierra avanza con la consigna “Tierra, Cultura y Libertad”, como una manera de afirmar la identidad; a los 24 años fue electa secretaria general de la Ecuarunari, la organización más importante de la sierra ecuatoriana.

La represión es un acompañante de las luchas, por ello el cuarto capítulo se titula “La tierra abonada con sangre indígena”; ahí hace un recuento de algunos luchadores sociales de ambos sexos que fueron asesinados, así como del significado del miedo en ese contexto y la necesidad de no olvidar a tantos más cuya sangre sembró las tierras. También rememora el levantamiento del Inti Raymi, ya con la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE), en el nacimiento de la década de los noventa. No obstante el triunfo que significó, señala que muchas de sus reivindicaciones no se han logrado, lo que confirma la existencia de un proceso social inacabado. Asimismo, considera que los gobiernos de Lucio Gutiérrez y Rafael Correa fueron un “ciclón político” debido a sus actividades encaminadas a dividir al movimiento indígena. Resulta interesante leer su reflexión al respecto.

Deseo resaltar la idea de la autora sobre el término *indio* cuando afirma la importancia de resignificar la palabra:

No aceptamos lo de indio porque primero no somos de la India y segundo con esa palabra nos han maltratado. Pero no hemos querido tampoco hacerla desaparecer. Decidimos mantener la palabra *indio* y, lo que ayer pudo haber sido sinónimo de desprecio o vergüenza y desconocimiento, hoy se convertiría en sinónimo de resistencia, de rebeldía, de diferencia y respeto. Y que, con esa palabra, *indio*, nos liberaremos. Se resignificó la palabra *indio* en los años 80 y con esa palabra nos vamos a liberar (p. 120).

Las reflexiones de Chancosa abrevan en el tema de la plurinacionalidad, una de las propuestas indígenas más importantes.

Presente en esta autobiografía está el tema del racismo, lastre que cruza toda la vida personal y política de Chancosa, por lo que conviene no pasarlo desapercibido. Ella lo mira desde dos perspectivas: una relativa a los propios indios y al ocultamiento de esa identidad con la esperanza de no sufrir desprecio; la otra, desde aquellas prácticas que lo evidencian día a día. Considera que vestir sus prendas típicas en espacios administrativos, de empleo, es decir públicos, además de hablar su idioma, es una táctica para confrontarlo.

Otro tópico que Chancosa resalta es el valor que la organización otorga al establecimiento de redes y alianzas no sólo con indígenas de Ecuador y de otros países sino también con aquellos sectores no indígenas de la población que enfrentan problemas y desafíos comunes. Por ello le otorga un papel determinante

a la diplomacia indígena y rememora su desempeño en foros internacionales, como espacios para denunciar abusos y atar alianzas.

Su experiencia como madre merece un capítulo, aunque hay que señalar que a menudo remite, tanto en sus palabras como en fotografías, a los retos que enfrentó al asumir la maternidad sin un compañero. Muchas de sus actividades se encaminan a fomentar y fortalecer la participación de mujeres indígenas con el apoyo de los hombres que no consideraban importante que sus esposas se incorporaran a la organización: “El ser mamá no debe ser, para ninguna mujer, una razón para bajar la guardia, para dejar de trabajar o para abandonar el liderazgo o el compromiso” (p. 262).

En síntesis, el que presentamos es un libro que se celebra por constituir un aporte a los trabajos sobre la memoria, la lucha indígena, la vida de militantes con sus desafíos, sus retos y sus propias propuestas para llegar al sitio que ocupan. En las últimas páginas Chancosa alcanza a mencionar la importante movilización (fuertemente reprimida) de octubre de 2019.

Como colofón deseo presentar una reflexión relativa a la autobiografía como la vida de una persona escrita por ella misma, que sin duda tiene relevancia y se vincula con las primeras líneas de esta presentación. De sobra son conocidos los libros que recogen los recuerdos de militantes y que se publican como testimoniales, la vida narrada por quien protagoniza los hechos, escuchada por otra persona que a su vez hace la transcripción, selección y edición del texto final. Por lo regular, el crédito se da a ambos participantes: Rigoberta Menchú y Elizabeth Burgos, Domitila Barrios y Moema Viezzer, por citar los casos más conocidos. Cuando llegamos al final del libro que nos ocupa aparece el título “A dos manos, apuntes para un final”, no como capítulo sino como una aclaración firmada por Blanca Chancosa y Milagros Aguirre y acompañada por una foto de ambas; ahí se señala el papel que cada una tuvo en la narración, a saber: “Blanca Chancosa ha contado su historia siendo fiel a la tradición oral de su pueblo. Milagros Aguirre ha tomado nota de cada conversación para poner en letras y sobre el papel, sus palabras, siendo fiel a ellas y fiel a su testimonio de vida, con las herramientas que le ha brindado el periodismo” (p. 309).

A mi juicio, la participación de quien narra y de quien escribe es inseparable y no podría publicarse este tipo de trabajos sin la colaboración de las dos personas, por ello considero que ambos nombres deberían aparecer en la portada. No es algo menor, la aclaración es importante y debe hacerse. Sin duda el debate entre Burgos y Menchú abona a tomar esta decisión, pero en este caso ni la una es Menchú ni la otra es Burgos, conviene tenerlo presente.

*Silvia Soriano Hernández*